

LA LIBERTAD POR FUNDAMENTO. “LIBRE NACÍ, Y EN LIBERTAD ME FUNDO”

Alfonso LÁZARO PANIAGUA
Asociación Andaluza de Filosofía (España).

Savater, Fernando, *El valor de elegir*, Ed. Ariel, Barcelona, 2003, 193 páginas.

La filosofía mundana, esto es, el pensamiento que hace de las cosas de nuestro tiempo una cuestión palpitante y que no esquivo al gran público, sino al contrario, lo constituye en la comunicación misma que genera es, sin lugar a dudas, lo que salva propiamente a la filosofía. El público minoritario de académicos, de entendidos, necesario en todo saber, rehace después el camino abierto de la invención mundana. Las cosas, nuestra vida, nos apremian demasiado como para poder responder siempre con un saber a mano. Pero a veces, felizmente, el académico está en la base de la invención, sin estropearla en absoluto, brindándola con toda la frescura de su inquietud y perplejidad. Me parece que esto último es lo que mejor caracteriza cuanto sale de la pluma de Fernando Savater. Y no sólo de la pluma, sino cuanto fluye de la palabra viva o improvisada de la conferencia o el coloquio.

El valor de elegir es un *enquiridión* de ética y ciudadanía que ensaya respuestas a la pregunta que según confidencia del propio autor ha dado sentido y hasta ha revelado los límites de su propia racionalidad: ¿qué es la libertad? Mas el lector se encontrará de pronto en una gozosa desorientación, pues el libro no va a trazar un itinerario que fundamente el *libero arbitrio*, sino que va a partir de la libertad como fundamento de nuestra humana naturaleza. “Somos necesariamente libres” —decía Ortega— y Cervantes, en memorable soneto de *La Galatea*, acuñó este asunto más allá de lo circunstancial de su novela: “libre nací, y en libertad me fundo”. Las bases antropológicas de Savater, preludio de su ética, no van a servir, pues, para una antropología de la libertad, sino para una antropología desde la libertad. “La libertad no sólo nos define, sino que también ha contribuido decisivamente a configurarnos como especie”. Por eso no estamos hechos para habitar un mundo o un medio según pautas fijas de conducta, como los instintos, sino para vivir nuestra vida en sociedad. “Su perfección —la del hombre— no está en cumplir el programa determinado de su ser sino en inventarlo y orientarlo hacia lo mejor”. Lejos de todo contractualismo, que instituye el momento de nuestro ingreso en sociedad, ésta no es sino “el medio ambiente natural específico de los seres humanos”. El hombre es sin más e íntegramente *zoon politikón*.

En ese ámbito específicamente social y ciudadano la vida no puede desenvolverse según pautas prefiguradas. “No hay ciencia del vivir” —dice taxativamente Savater. Es decir, no podemos actuar mediante un saber que mueva nuestra vida como si hubiese sido cartografiada de antemano y fuésemos de un sitio a otro guiándonos por las rutas de un plano, no. Es verdad que para la acción humana

cuenta el conocimiento, pero en no menor medida la imaginación, pues no podemos abolir en las dimensiones de la vida la incertidumbre y la fatalidad. Nuestra voluntad puede verse torcida por el accidente y en él hemos de ser tan buenos nadadores como en un mediodía en calma.

Savater nos recuerda a Kant a través de una cita de Arnold Gehlen: “la necesidad de actuar es mayor que la posibilidad de conocer”. La ciencia es lo que nos colma de saber, pero aun colmados de ella no podríamos dar un paso en la mayoría de los requerimientos de la vida; a diferencia de las especies vivientes no humanas empeñadas en “garantizar la repetición eficaz de un modo de existencia”, la especie humana tiene un empeño muy distinto: “la perpetuación y propagamiento de lo irrepitable”. ¿Cómo actuar, pues, en esas rutas inexploradas de nuestra vida para las que no contamos con mapa ni máximas? Savater habla de un “arte de vivir”. A diferencia de la ciencia, cuyo saber acumulado nos sitúa en el punto idóneo para seguir investigando a partir de bases fundadas y que nos aporta los conocimientos necesarios para transitar por ella, el arte, vinculado al ámbito práctico, no puede realizarse sólo por el conocimiento de las reglas, sino más allá de ellas. Sin la capacidad específica del artista, su singularidad o su genio, no hay arte; si se quiere, artesanía. Lo que no significa que no nos podamos dotar de una magnífica arma para vivir como es la educación —valor máximo, sabido es, en el contexto de la obra savateriana—. En ella reside cuanto nos es dado aprender para la vida, pero en tanto que la vida es demanda de acción ante lo imprevisible y fatal y en tanto que es inagotable en lo que inspira la esperanza habremos de movernos por ella según invención. Con un párrafo centraremos cuanto pretendo destacar de la primera parte de *El valor de elegir*: “No hay ciencia del vivir, definida por axiomas y leyes universalmente válidas que puedan aplicarse con el mismo resultado en el retiro espiritual del laboratorio y en la calle o en la jungla, sino un arte en el que se yuxtaponen tradiciones memorables, fragmentos de antiguos códigos, reglas prácticas de comportamiento y la desesperada inspiración de la esperanza, a partir del cual o contra el cual uno obra cuando llega el caso. Por decirlo de otro modo, en lo alto del alambre donde hacemos equilibrios sin red o en la mar de corrientes traicioneras en que intentamos mantenernos a flote viene bien la experiencia acumulada y el recuerdo de los mejores maestros..., pero seguimos dependiendo del buen tiento de nuestro ánimo, porque estamos solos”.

En la segunda parte del libro, Savater argumenta sobre unas cuantas elecciones, exhortando —pues la ética es exhortativa— a elegir bien y cuidándose de no cancelar nada, pues es grandioso y modesto a la vez el término hacia el que nos conduce este enquiridión que no es otro que permitirnos “vivir con dignidad inteligente en la ausencia de certidumbres absolutas”.

Elegir la verdad es disponernos hacia el acicate que nos reclama de ella mucho más que aspirar a tenerla. Por esa dignidad del vivir a la que apuntábamos, Savater se inclina con Ernest Gellner en orientarse hacia la búsqueda de la misma más que a su posesión. En la misma línea, siguiendo a A. Machado, nos recuerda aquel eminente proverbio que zanja la cuestión en la búsqueda e indagación de la misma:

No tu verdad: la verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

En la elección del placer no hay sino conservarse uno siempre dueño de sí mismo, librándose por igual de dos excesos, de la voluptuosidad excesiva y de la no menos peligrosa templanza cuando es también excesiva. Nos recuerda con Montaigne que “la sensatez tiene también sus excesos y no necesita menos moderación que la locura”. El placer nos abre una perspectiva extraordinaria de la vida, aquella que se contempla bajo el signo de la intensidad. Me parecen hallazgos fantásticos de este capítulo lo dedicado a denunciar y combatir “la institucionalización del hedonismo por la vía del consumo” y la lúcida sospecha que apunta contra los que identifican a los que buscan el goce para sí con el egoísmo, pues estos no arrastran ni complican a nadie en su ambición. ¿Qué decir, sin embargo, de quienes se enriquecen a costa del trabajo ajeno? Ante esta tesitura están ciegos los líderes religiosos, políticos o morales. Es tonificante, sin duda, esta denuncia de cierta reminiscencia nietzscheana, pues parece que campea en esos líderes el resentimiento contra la vida.

De especial mención me parece la prevención que se propone en materia educativa. Educar es por igual prevenir el fanatismo y el relativismo, acostumbrarnos, pues, a interesarnos por convicciones ajenas, asunto que Savater ilustra con una graciosa cita de Séneca en las *Cartas a Lucilio*: “acostumbro a pasar al campamento enemigo no como tráfuga, sino como explorador”. Elegir nuestra humanidad es sabernos autolimitados, solidarios, respetuosos. Servirnos, sí, de la técnica, pero no hacer de ella un tótem amenazador. Llegar con nuestra simpatía a los que sufren, alcanzando hasta todo aquello que se nos asemeja por su capacidad de dolor. “Respeto ante el enigma libre de lo humano” cuidándose de “no diseñar modelos según el capricho de ocasionales prejuicios que la tecnología permite y el mercado hace rentables”.

Elegir, por fin, lo contingente, antes que aferrarse a idealidades o absolutos. Lo que habiendo podido no ser, llega a ser admirablemente, merece toda nuestra atención y delicadeza. Y como no podía ser de otro modo, la coda de la ética es para Savater la alegría. La veterana alegría spinozista emerge aquí como un guiño de la historia para protagonizar de modo eficiente ese vivir digno que nos prometía. Con las palabras con que Savater reconoce y saluda a la alegría cierro esta reseña con la promesa de volver a este libro siempre que la vacilación y la desorientación me alcancen. “A esta plena aceptación” —son las palabras de Savater sobre la alegría— “sin condiciones ni remilgos de la vida que se manifiesta entre el parpadeo del ser y el no ser llamamos alegría. La alegría ni justifica nada ni rechaza nada: asume lo irrepetible y frágil que se le ofrece como su único campo de juego. Y se deleita en él, con gloria, con esfuerzo, con generosidad que a veces parece cruel y en el fondo, reflexivamente, resulta compasiva. La alegría es el nervio misterioso que nos vincula sin rechazo a la belleza en la estética y al bien en la ética”. Vale.